

Ares y Mares

BRUNO BETTELHEIM

NO HAY PADRES PERFECTOS

El arte de educar a los hijos sin angustias ni complejos



CRÍTICA

Bruno Bettelheim

NO HAY PADRES PERFECTOS
El arte de educar a los hijos
sin angustias ni complejos

Traducción castellana de
Jordi Beltran

ARES y MARES

Primera edición: junio de 1988
Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2020

No hay padres perfectos. El arte de educar a los hijos sin angustias ni complejos
Bruno Bettelheim

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *A Good Enough Parent. A Book on Child-Reading*

© Bruno Bettelheim, 1988

© de la traducción, Jordi Beltran, 1988

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-220-2
Depósito legal: B. 7.185-2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Digital.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN: LA IMPORTANCIA DE LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS

Igual que se dobla la ramita se inclina el árbol.

ALEXANDER POPE, *Moral essays*

El presente libro resume mi esfuerzo de toda una vida por descubrir y poner a prueba lo que interviene y es necesario para criar bien a un hijo; es decir, un hijo que no será necesariamente un éxito a ojos de todo el mundo, pero que, al reflexionar sobre ello, se sienta complacido de la educación recibida y decida que, en conjunto, se alegra de ser como es, a pesar de las limitaciones de que somos víctimas todos. Creo que otro indicio de que se ha recibido una buena crianza es que la persona sea capaz de afrontar razonablemente bien las interminables vicisitudes, las numerosas penalidades y las graves dificultades que es probable que encuentre en la vida, y que pueda hacerles frente principalmente porque se siente segura de sí misma. Aunque no siempre esté libre de dudas sobre sí misma —sólo los necios arrogantes lo están—, pase lo que pase en su vida exterior, la persona que ha sido bien criada posee una vida interior que es rica y provechosa y, por ende, se siente satisfecha de ella. Por último, aunque ciertamente no por considerarlo menos importante, crecer en una familia en la que en todo momento existen buenas relaciones íntimas entre los padres, así como entre éstos y sus hijos, capacita al individuo para formar relaciones íntimas satisfactorias y duraderas con sus semejantes, relaciones que dan sentido a la vida de aquél y de éstos. También podrá encontrar sentido y satisfacción en

su trabajo, que le parecerá digno de los esfuerzos que le dedica, porque no se dará por satisfecho haciendo una labor que carezca de sentido intrínseco.

Mi interés por la educación de los niños data de unos setenta años; empecé a luchar con los problemas que plantea primero cuando era niño y luego, transcurridos unos años, en la adolescencia. Mis esfuerzos han proseguido sin interrupción desde entonces. Durante los primeros años mi interés fue a un mismo tiempo teórico y muy personal; trataba de comprender lo que intervenía en la crianza de los niños tal como yo mismo la había experimentado y observado a mi alrededor. Aunque tuve unos padres muy buenos, pensaba que muchos aspectos de la educación que me habían dado eran discutibles, al mismo tiempo que otros los rechazaba por completo. En general, estaba convencido de que muchas formas de criar a los niños podían y debían mejorarse en grandísima medida, sobre todo a la luz de las percepciones, a la sazón totalmente nuevas, aportadas por el psicoanálisis.

Cuando me faltaba poco para cumplir los treinta, hace ahora cincuenta y cinco años, la crianza de los niños se convirtió para mí en un problema práctico e inmediato en sumo grado, ya que empecé a dedicarme a la ardua tarea de deshacer los graves daños psicológicos que otros habían infligido a algunos niños que padecían serios trastornos. Aplicando lo que, a mi juicio, eran buenos procedimientos para la educación de niños, y que se basaban en principios psicoanalíticos, traté de curar a un niño autista y, durante algún tiempo, a dos de ellos que vivieron muchos años en mi casa. En el decenio de 1940, en circunstancias muy diferentes, mis esfuerzos —que hasta entonces se habían visto restringidos a muy pocos jóvenes además de los dos que acabo de mencionar— se extendieron a un número bastante elevado de niños que sufrían graves trastornos; estos niños vivían y recibían tratamiento en la Sonia Shankman Orthogenic School de la Universidad de Chicago. La labor que realicé allí la he descrito en varios libros y en muchos más artículos, por lo que no hace falta que vuelva a hablar de ella aquí.

Siendo padre de tres hijos, he aprendido, entre muchas otras cosas, que hay significativas diferencias psicológicas y —más importante todavía— emotivas entre la crianza de los hijos propios y la de los niños ajenos, aunque les dediques tanto cariño como a los tuyos. Lo que aprendí de todas estas experiencias —lo que comprobé que

era útil y lo que vi que era perjudicial y el porqué de las dos cosas—forma la base de este libro.

Al escribirlo, tuve también en cuenta mis casi cuarenta años de experiencia en transmitir a otras personas la mejor forma de resolver los problemas que surgen cuando se educan niños. Estas otras personas consistían principalmente en dos grupos muy distintos: madres inteligentes y muy motivadas de niños más o menos normales; y el personal de la Orthogenic School, que se dedicaba a la rehabilitación de niños que padecían déficits psicológicos muy serios, para lo cual vivía con ellos, los educaba de maneras apropiadas y los trataba. Mis esfuerzos iban dirigidos a inducir a estos adultos a resolver ellos solos, a su modo, los problemas que les planteaban sus propios hijos o los niños que estaban bajo su cuidado, de tal forma que unos y otros se beneficiaran. Decirles específicamente lo que debían hacer y lo que debían evitar nunca iba a resolver los problemas, toda vez que los consejos generalizados chocan con la singularidad de cada adulto y de cada niño, así como con las innumerables, variadísimas y siempre cambiantes situaciones en que se encuentran el adulto que cría a un niño y el niño que reacciona ante esa crianza.

Pese a la variedad y las complicaciones incesantes que presentan las jugadas en una partida de ajedrez, incluso este juego ofrece sólo una metáfora simplificada de la complejidad de la interacción humana. Toda partida de ajedrez empieza a partir de cero y exactamente de la misma manera. Las reglas son idénticas para ambos jugadores; no pueden cambiarse, son entendidas con claridad y aceptadas libremente por los jugadores, que deben obedecerlas estrictamente. Y, para finalizar, el resultado apetecido y la forma de alcanzarlo también están claros: dar jaque mate a uno de los reyes.

Ninguna de estas cosas es aplicable a lo que sucede entre los padres y su hijo. Todos los aspectos de la relación entre ellos son herencia de una historia larga y complicada. Cada momento o episodio empieza de forma distinta de todos los anteriores; esto es, a menos que los padres y el niño ya estén ligados neuróticamente a reacciones recíprocas estereotipadas que condenan al fracaso todo intento de espontaneidad y de afecto. No existe ninguna regla acordada por unos y otros, aunque es frecuente que los padres traten de imponer reglas que el niño, a causa de su debilidad, no puede rechazar. Pero los acuerdos forzados de esta clase no hacen más que obstaculizar la capacidad del niño en lo que se refiere a afrontar la situación proble-

mática de un modo que sea constructivo para él. Por esta razón no desco ofrecer aquí respuestas definitivas, sino sugerir métodos de enfocar los problemas que ayuden a los padres y al niño a ser espontáneos y a ser ellos mismos en todas sus relaciones; a su vez, esto permitirá al niño afrontar con éxito la realidad en sus propios términos.

Aunque el padre o la madre insista en que su forma de ver determinado problema debe prevalecer y que sus reglas tienen que obedecerse, ello no garantiza que el niño lo acepte en su fuero interno. En lo que se refiere a la experiencia interna, el niño y los padres siguen sus propias reglas, que generalmente no son explícitas para ninguno de ellos. Además, la mayoría de los padres y de los hijos no se limitan a seguir sus propias reglas, sino que también pueden cambiarlas, y así lo hacen con facilidad, en el proceso de interacción, sin avisarse unos a otros, y generalmente sin darse cuenta de que las *han* cambiado ni de cómo. No hay ningún acuerdo claramente entendido y libremente aceptado sobre lo que constituye o decide el resultado apetecible en las relaciones entre padres e hijo. Y la más acusada de todas las diferencias entre la educación de los hijos y el ajedrez es ésta: la vida real no es un juego, sino que va muy en serio.

Sin embargo, por banal y simplista que sea el ajedrez como metáfora de las relaciones humanas, sirve para ilustrar que en una interacción compleja nunca podemos planear por adelantado más que unas pocas jugadas. Cada jugada tiene que depender de la respuesta a la anterior. Así pues, es muy importante valorar correctamente la situación total, que varía de modo constante: el acierto de una primera jugada sólo dará, en el mejor de los casos, un indicio de cuál puede ser la respuesta correcta a la primera contrajugada.

En el juego del ajedrez, el principiante que intenta seguir sus planes sin prestar atención a las contrajugadas de su adversario no tardará en ser derrotado. Y lo mismo cabe decir del padre o de la madre que sigue un plan preconcebido que se basa en explicaciones o consejos que le dieron. El padre o la madre tiene que adaptar de forma continua y flexible sus procedimientos a las respuestas del hijo, así como valorar sobre la marcha los cambios de la situación global. En el ajedrez pronto resulta obvio que es un error tratar de seguir tu plan sin reflexionar con la mayor seriedad sobre el plan del contrincante y sobre todas sus reacciones ante tus jugadas. Es importantísimo hacer lo mismo en el caso de las intenciones y reacciones del

niño. Pero éste, cuando no está de acuerdo con sus padres, acostumbra a ocultar sus verdaderos sentimientos porque teme las reacciones que provocarán, por lo que es frecuente que los padres queden bloqueados.

El buen ajedrecista sabe prever cierto número de jugadas posibles y contrajugadas probables, pero sólo porque ha aprendido a reconsiderar y revalorar la situación global después de cada paso. El padre o la madre que ya sabe reconsiderar así su relación con el niño apenas necesita consejos; sabrá lo que tiene que hacer, y a cada acto y reacción del hijo revalorará la situación. Puede decirse, por lo tanto, que el padre o la madre que está preparado para aprovechar los consejos sobre la crianza de los hijos apenas necesita tales consejos, mientras que no es capaz de utilizar éstos de forma inteligente y provechosa el padre o la madre que es incapaz de valorar y revalorar de modo correcto la situación total. He aquí la razón por la cual se necesita algo más que explicaciones y consejos: a saber, es necesario ayudar a los padres a comprender por sí mismos lo que puede estar ocurriendo en el interior de su hijo. Si aprendemos a proyectarnos hacia el interior de la mente del niño, al mismo tiempo que tratamos de entender lo que nos motiva a nosotros mismos, entonces elegiremos instintivamente el proceder que más convenga.

Por consiguiente, este libro se basa en lo que comprobé que era la forma más eficaz de ayudar a otras personas a educar a sus hijos: a saber, inducirlos a adquirir las ideas y actitudes propias más idóneas no sólo para el citado fin, sino también para ellas como personas y para su hijo; inducirlos a llegar a una comprensión y una actitud que sean al mismo tiempo un beneficio individual y mutuo para los padres y para el hijo.

Para adquirir estas ideas y actitudes que contribuyen a aumentar el desarrollo como personas tanto de los padres como del hijo, a la vez que fomentan la intimidad de sus relaciones, he comprobado que es importantísimo que uno no se crea en posesión de las respuestas apropiadas, por obvias que éstas puedan parecer, sin antes haber examinado atentamente lo que la situación significa para las dos partes. Además, uno no debe tratar de entender a su hijo con independencia de uno mismo. Si nos esforzamos seriamente por comprendernos a nosotros mismos en el contexto de una situación dada, procurando ver cómo hemos contribuido a ella —a propósito o sin querer, consciente o inconscientemente—, entonces nuestra visión del asunto se

ve alterada casi siempre, como le ocurre también a nuestra forma de ocuparnos de él.

No siempre es posible seguir esta prescripción, toda vez que ante un peligro inminente u otra situación crítica tenemos que actuar inmediatamente. Sin embargo, para encontrar una solución de largo alcance, es necesario que, en cuanto se restablezca la calma, examinemos primero nuestro propio pensamiento y los orígenes de nuestra reacción, y profundicemos luego en lo que ha ocurrido en la mente del niño. Si nos esforzamos así por comprender nuestra propia conducta y la del niño ante una situación conocida y que ahora también comprendemos, aprenderemos a comportarnos del modo más beneficioso para nosotros y para nuestro hijo. De hecho, esta autoexploración es la que suele proporcionar las mejores pistas para comprender y ayudar al niño.

Este método para entender las interacciones padres-hijo se hallaba implícito en algunos de mis escritos anteriores, por ejemplo en *Dialogues with mothers* y en partes de *A Home for the heart*. En el presente libro quiero hacer hincapié, del modo más explícito posible, en que la única manera eficaz de ayudar a personas bienintencionadas e inteligentes a hacer cuanto puedan por educar a sus hijos consiste en alentarlas y guiarlas a *pensar siempre por cuenta propia* en sus intentos de comprender y resolver las situaciones y los problemas que se presenten, *en vez de* guiarse ciegamente por las opiniones ajenas.

Espero que comentando con cierta profundidad un número limitado de típicas situaciones problemáticas demostraré que lo mejor para los padres y el niño es que los adultos reflexionen seriamente sobre la situación, sin recurrir a otras personas, y que de esta manera descubran qué es exactamente lo que está en juego. Una buena forma de empezar es partir de la premisa de que el niño cree —aunque a veces se equivoca por completo— que lo que está haciendo o se dispone a hacer, sea lo que sea, es la mejor forma de proceder en la situación en que se encuentra. El número limitado de casos que comentaré representa la enorme variedad de problemas que surgen cuando se cría a un niño. El propósito de mis consejos es que los lectores mejoren su capacidad de resolver los problemas que les afecten en cualquier momento dado. Basándose en mi larga experiencia, creo que lo que aquí presento será suficiente para que los lectores —si así lo desean— hagan suyo este modo de enfocar los problemas

de la educación en la medida en que les permita mejorar su eficacia y disfrutar de unas relaciones más satisfactorias con sus hijos.

Los libros que les dicen a los padres cómo deberían criar a sus hijos no son precisamente un fenómeno nuevo; a decir verdad, tienen una historia muy larga. Pero sólo en este siglo, y en especial desde el decenio de 1950, han adquirido gran popularidad y numerosos padres han recurrido a ellos en busca de consejos y consuelo porque no estaban seguros de cómo debían afrontar los problemas que plantea la crianza de sus hijos. Con la desintegración de los modos tradicionales de la vida en familia y de la crianza de los niños, tras la urbanización y la industrialización masivas de nuestro siglo, hemos perdido la seguridad que en otro tiempo daban las antiguas costumbres y el crecer en el seno de una familia extensa, así como todas las otras experiencias que estos dos factores proporcionaban.

Por esto ocurre ahora que la mayoría de las personas de clase media no han aprendido mucho, en su propia infancia, sobre el cuidado de los niños. No ocurría así cuando las familias eran más numerosas y uno vivía cerca de sus parientes; entonces gran parte del cuidado de los niños se confiaba a sus hermanos o hermanas mayores, o a otro pariente joven como, por ejemplo, un primo o una tía o un tío que tenía unos cuantos años más y vivía con la familia o en la casa de al lado. Si no se disponía de parientes consanguíneos que pudieran hacerse cargo de los niños pequeños, entonces este papel lo asumían los hijos de los vecinos, como se acostumbraba a hacer en los pueblos. Cuando les llegaba el turno de ser padres, la mayoría de las personas habían aprendido lo suficiente como para llevar a cabo con seguridad la tarea de educar a sus propios hijos. Cuando necesitaban consejos, podían recurrir a sus propios padres y parientes, o al clérigo o al médico, en la confianza de que recibirían la ayuda necesaria.

Hoy día, sin embargo, los padres tienen la impresión de que se les exige mucho más para educar con provecho a sus hijos en un mundo complicado; asimismo, se ven obligados a asumir esta responsabilidad sin contar con mucha experiencia previa. Por desgracia, la distancia física y emotiva que con tanta frecuencia separa a las generaciones actuales puede inducir a los padres jóvenes a temer —a menudo con cierta justificación— que, al pedirles a sus padres que les

aconsejen sobre la crianza de los hijos, reciban críticas junto con consejos que probablemente ya no parecerán apropiados.

Otro factor significativo es que muchas personas tienden a creer que los tiempos están cambiando con rapidez y que las investigaciones proporcionan constantemente nuevos conocimientos, por lo que sienten la necesidad de confiar en los expertos. La mejor forma de entender esta ansia de consejos «de experto» es examinarla en el contexto de la convicción de que no existen límites a lo que el hombre es capaz de conseguir cuando se esfuerza lo suficiente y se aplica a ello de maneras «científicas». La confianza en la ciencia como fuente de progreso ha sustituido a la confianza más antigua en la sabiduría inherente a la tradición.

En el campo de la psicología humana, la creencia de que todo es posible, siempre y cuando se apliquen los métodos científicos correctos, ha encontrado su expresión más clara y extrema en los principios del conductismo, tal como originariamente los formuló J. B. Watson. Éste afirmó que, según el condicionamiento a que se vea sometido en sus primeros años, un niño puede convertirse en un tipo de persona entre varios tipos radicalmente distintos; por lo tanto, según su entorno y el efecto que éste surta en él, el niño será un genio o un malvado, o cualquier otra cosa. Según esta extraña doctrina, la mente y la personalidad del recién nacido forman una *tabula rasa* donde los padres, educadores o psicólogos graban indeleblemente los rasgos que quieran. No resulta fácil explicar por qué esta teoría del hombre como ser completamente manipulable era y sigue siendo aceptada por tantas personas, normalmente sin que los padres se den cuenta de forma específica. En realidad, la experiencia de todos los padres indica que desde el momento de nacer los niños difieren en sus respuestas, y que incluso a una edad muy temprana tienen su propia mente, que a menudo tratan de afirmar hasta en contra de sus padres, aunque estos esfuerzos puedan resultar inútiles a causa de la etapa de desarrollo en que se encuentra el niño.

Algunas personas juzgan aceptable la doctrina conductista porque afirma tanto que la vida de un niño es un principio enteramente nuevo, para el cual todo tipo de evolución futura es una posibilidad real, como que hace falta el adiestramiento más cuidadoso y deliberado para alcanzar los fines apetecidos.

En la actualidad sólo los conductistas más acérrimos siguen fieles a la exagerada pretensión de que por medio del adiestramiento puede

obtenerse cualquier resultado que se desee, aunque ahora al adiestramiento se le dan los nombres más «científicos» de «condicionamiento» y «modificación de la conducta». Pero poco ha cambiado en lo que se refiere a la creencia generalizada y básicamente conductista de que el destino del niño en la vida depende por entero de la forma en que se le críe durante la infancia. Sin darse cuenta de ello, muchas personas adoptan y aplican a sus semejantes esta teoría que procede del estudio de los reflejos condicionados en los perros de Pavlov y las palomas de Skinner; en su mayor parte desconocen que estas reacciones fueron producidas y estudiadas en animales de laboratorio a los que se había enseñado a correr por laberintos y que, por ende, debido a tal condicionamiento, eran incapaces de sobrevivir cuando se encontraban solos en su hábitat natural; esto es, se convirtió a dichos animales en lo que, de haber sido hombres, se hubiera calificado de seres absolutamente mal adaptados y neuróticos, incapaces de responder espontáneamente, a su manera, a las situaciones, capaces de actuar solamente de acuerdo con el «condicionamiento» recibido.

El conductismo pasó a ser la escuela psicológica dominante en los Estados Unidos durante el segundo cuarto del siglo en curso, momento en que las formas tradicionales de educar a los niños fueron repudiadas y sustituidas por un enfoque nuevo y más científico que la creciente complejidad de la vida parecía requerir. Desde entonces ha seguido siendo la doctrina psicológica que prevalece en Norteamérica, hasta el punto de que muchas personas ni siquiera saben que «conductismo» es el nombre de lo que creen.

Esta aceptación generalmente tácita, inexplorada y, por ende, acrítica del conductismo es la antítesis de los principios de teorías científicas muy diferentes y mucho mejor validadas: la evolución y la genética. Ambas demuestran, con abundancia de pruebas incontrovertibles, que el ser humano no es en modo alguno completamente manipulable; la mente del niño al nacer no es ninguna *tabula rasa*; al contrario, la naturaleza misma del recién nacido restringe severamente sus posibilidades de evolución personal en el futuro. La genética demuestra que gran parte de lo que será una persona se ve determinada en el momento de su concepción por la mezcla de genes que aporten sus padres. Esta mezcla varía de una persona a otra (con la única excepción de los gemelos idénticos, que tienen la misma dotación genética). A través de nuestros genes también heredamos los resultados del larguísimo proceso de la evolución humana. Tanto la

dotación genética como el proceso evolutivo limitan los cambios que la educación u otras experiencias vitales pueden producir en un individuo.

La teoría freudiana del desarrollo humano, que compite con el conductismo, encontró una aceptación bastante general en los Estados Unidos en los mismos momentos en que el conductismo se extendía por todo el país. La teoría freudiana recalca tanto la intratabilidad de gran parte de nuestra herencia evolutiva como la importancia de las primeras experiencias; aunque no podemos alterar ni un ápice de dicha herencia, las primeras experiencias modifican la forma en que halla expresión en la personalidad de un individuo. A la teoría de la evolución añade el psicoanálisis la idea de que del mismo modo que el embrión repite durante su crecimiento en el útero de la madre ciertas etapas de la evolución animal, también el recién nacido y el niño pequeño recapitulan etapas importantes de la historia del género humano.

Dados esta herencia inalterable y estos pasos ineludibles en el desarrollo humano, la psicología freudiana se muestra mucho menos optimista que el conductismo acerca de lo que puede conseguirse por medio de la educación de los niños. Afirma que el hombre siempre se verá acosado por profundos conflictos internos que son fruto de las discrepancias entre lo que es por naturaleza y lo que él mismo desea ser, o sus padres y educadores quieran que sea; que inevitablemente tiene que luchar contra tendencias egoístas, agresivas y asociales que son parte de su herencia evolutiva y de su constitución personal en la misma medida en que lo son también sus deseos de formar estrechas relaciones emotivas; que el instinto egoísta de conservación a menudo choca dolorosamente con tendencias altruistas que tal vez requieran sacrificios en aras de la conservación y la continuación de nuestra especie en general y a través de los hijos de uno en particular, y para asegurar el bienestar de todos los seres a los que uno ama.

La doctrina psicoanalítica se halla profundamente comprometida con la convicción de que la forma en que se moldeen estas características heredadas depende de las experiencias vitales de la persona. Así, suscribe una visión histórica según la cual los acontecimientos se ven condicionados, en gran medida, por lo que ha sucedido antes; por consiguiente, los inicios de la historia del individuo revisten la mayor importancia en relación con cómo será más adelante, no sólo porque son la base de todo lo que viene después, sino también por-

que determinan en gran parte cómo se experimentará la vida futura. Si bien la historia genética y evolutiva crea las potencialidades de un individuo, son los comienzos de su historia personal, más que cualquier otra cosa posterior, el factor que explica las formas que adquirirán estas potencialidades en la realidad de la vida. Así pues, el respeto a la personalidad singular del niño es importantísimo en todos los tratos que se tengan con él. En lugar de forzar o «condicionar» al niño hacia lo que los padres creen que es lo mejor, los padres interesados responderán con sensibilidad a lo que más convenga a su hijo en un momento dado, permitiéndole así ser la persona que él desea ser. Estos padres no sólo reconocerán y tolerarán las luchas del niño al pasar por ciertas etapas de su desarrollo, sino que, además, le darán el tipo de apoyo que le permita encontrar formas de solucionarlas como es debido. Entre estas etapas se hallan el descubrimiento de sí mismo que hace el niño y sus pasos hacia la individualización y, con ella, la separación de la madre; la transición lenta de vivir de acuerdo con el primitivo principio de placer, que le induce a tratar de satisfacer sus deseos inmediatamente sin tener en cuenta las consecuencias, al principio de realidad, que se basa en la comprensión de que a menudo le irá mucho mejor si modifica algunos de sus deseos o aplaza su satisfacción con el fin de ganar ventajas más importantes de gran alcance; la adquisición de autodominio, como en la educación de la limpieza; la instauración de los rudimentos de la individualidad durante la fase edípica; su adaptación a las exigencias que se le hacen y la interiorización de las mismas bajo la forma del superego; y los fenómenos de la adolescencia por medio de los cuales hay que alcanzar una madurez e independencia relativas y una singular identidad personal.

Para llegar al dominio de cada una de las nuevas etapas de desarrollo psicológico y social, el niño necesita la comprensión y la ayuda sensible de sus padres, a fin de que su personalidad posterior no lleve las cicatrices de heridas psicológicas. Los padres no deben ceder ante el deseo de tratar de crear el niño que a ellos les *gustaría* tener, sino que, en vez de ello, deben ayudarle a desarrollarse plenamente —tomando el tiempo que necesite— hasta llegar a ser lo que él quiera y pueda ser, de acuerdo con su dotación natural y como consecuencia de su historia vital singular.

Ambos sistemas teóricos —el conductista y el freudiano— reconocen que pueden ocurrir y ocurren cambios en nuestras actitudes,

comportamiento y personalidad durante toda la vida. Pero, al hacernos mayores, los cambios trascendentes se vuelven mucho más difíciles, ya que cada año crece nuestra tendencia a ver y hacer cosas del modo acostumbrado; en pocas palabras, nos volvemos menos flexibles. Es probable que los cambios que pueden producirse al ser mayores afecten sólo a áreas limitadas de nuestra personalidad y vida. Así pues, la importancia de las primeras experiencias estriba en que preparan el escenario para todo lo que vendrá más adelante; y cuanto más precoces sean las experiencias, más fuerte será su influencia.

Según el conductismo, estas primeras experiencias nos crean completamente como seres humanos. Pero el psicoanálisis las considera importantes por otra razón que tiene que ver con los papeles que el consciente y el inconsciente desempeñan en nuestra vida. La mente consciente se desarrolla con lentitud, y en algunos aspectos está dominada siempre por el inconsciente. La teoría psicoanalítica sostiene que mientras vivimos nuestro inconsciente nos hace interpretar gran parte de lo que nos sucede a la luz de nuestras primeras experiencias. Por ejemplo, el inconsciente, basándose en cómo interpretamos nuestras primeras experiencias con los padres, nos hace creer o bien que, básicamente, el mundo nos acepta y aprueba, o que nos rechaza y desaprueba. Esta actitud se extiende a nuestra creencia de que somos personas buenas o malas; nos da la impresión de que somos o no somos competentes para hacer frente a la vida; que somos o no somos dignos de ser amados; incluso si recibiremos una recompensa o sufriremos una decepción. Semejantes actitudes trascendentes se forman basándose en sentimientos extremadamente vagos que, a pesar de ello, experimentamos con la mayor fuerza en un momento en que, debido a que nuestras capacidades de razonamiento todavía no estaban desarrolladas, aún no podíamos comprender el significado de lo que nos estaba sucediendo. Y, como las actitudes que continúan dominando nuestras experiencias tienen su origen en el inconsciente, no sabemos cuál fue su causa y por qué nos parecen tan convincentes.

Si las teorías freudianas son correctas, es claro que la experiencia de la primera infancia no sólo influye en el desarrollo de la propia estima y de la percepción de uno mismo en relación con los demás, sino que también determina nuestra interpretación de experiencias posteriores y nos lleva a disponer los acontecimientos de nuestras vidas de un modo que esté conforme con nuestras ideas preconcebidas. Por lo tanto, quienquiera que influya en la vida del niño de-

bería tratar de darle una visión positiva de sí mismo y de su mundo. La felicidad futura del niño y su capacidad de hacer frente a la vida y relacionarse con los demás dependerán de ello.

Freud dijo que el resultado más deseable de una educación psicoanalítica —esto es, una educación que reconoce tanto la importancia del inconsciente como la necesidad de poner sus fuerzas al servicio de fines social y personalmente útiles— es capacitar a una persona para que «ame bien y trabaje bien». Para él esto significaba la capacidad de obtener la máxima satisfacción posible tanto en la esfera privada como en la pública: amar y ser amado por las personas con quienes se comparte la vida, así como ser útil a la sociedad, de tal modo que puedas enorgullecerte justificadamente de lo que consigues hacer, a pesar de las inevitables penalidades de la vida y prescindiendo de lo que otros puedan pensar de tus logros. Para que los hijos alcancen estos objetivos, hay que ayudarles a inventar formas de afrontar las vicisitudes de la vida, de modo que, en vez de ser derrotados, adquieran una percepción y una fuerza mayores, y, especialmente, también una percepción de su propia vida interior.

Así, las dos principales doctrinas de la psicología infantil ponen de relieve que es mucho lo que depende de lo que el niño experimenta a medida que va pasando por las diversas etapas de su crecimiento hacia la madurez, y que la forma en que los padres tratan estas situaciones no sólo es importantísima, sino que puede ser fatal cuando las cosas salen mal. Vemos, pues, que el padre o la madre moderno está muy bien informado sobre lo que debe preocuparle en su trato con el niño en desarrollo. Y, por desgracia, eso es lo que hace: preocuparse.

En vista de estas doctrinas y del hecho de que la mayoría de las personas no han tenido en su juventud experiencia de primera mano en la crianza de niños, poco ha de extrañarnos que los padres escrupulosos padezcan ansiedad ante la perspectiva de fracasar en el desempeño de su papel y teman hacer daño al hijo querido. Pero la ansiedad paterna —si bien es comprensible— hace mucho daño tanto a los padres como a los niños. Winnicott, cuyo concepto de la madre aceptable mencioné al principio, cuando expliqué el título del libro, dice de dicha madre que el niño pequeño, al mirarla a la cara, se ve a sí mismo en ella —o podríamos decir que se encuentra a sí mismo allí— porque la madre aceptable, debido a su profunda empatía con el hijo, refleja en su rostro los sentimientos *de éste*; por esto el niño

se ve a sí mismo en la cara de su madre, como si se estuviera mirando en un espejo, y se encuentra a sí mismo al verse a sí mismo en ella. La madre que no es aceptable, en cambio, no refleja en su rostro los sentimientos del niño porque está demasiado absorta en sus propias cosas, tales como la preocupación por si hace lo que es conveniente para el niño o la ansiedad ante la posibilidad de defraudarle. El niño pequeño que no se encuentra a sí mismo reflejado en el rostro de la madre responde a las preocupaciones de ésta y se preocupa por sí mismo. Lo que es peor: ve la cara de un desconocido donde debería encontrar lo que mejor conoce, y entonces se siente solo en vez de profundamente relacionado, a diferencia de lo que le ocurre al niño que se encuentra a sí mismo reflejado en la cara de su madre de una forma positiva.

De ello se desprende que, para ser un padre o una madre aceptable, hay que ser capaz de sentirse seguro en la paternidad y en la relación con el hijo. Tan seguro, que, si bien se tiene cuidado en lo que se hace en relación con el hijo, no hay que sentir una ansiedad excesiva al respecto ni sentirse culpable por no ser un padre o una madre aceptable. La seguridad que el padre o la madre siente en lo que se refiere a *su papel de tal* es lo que más adelante permitirá que el niño se sienta seguro de sí mismo. De ahí mi esperanza de que este libro, lejos de hacer que los padres se sientan ansiosos o culpables en relación con su hijo, les haga decirse «Eso es justamente lo que hago» o, al menos, «¡Eso es lo que quería hacer!». En pocas palabras, espero que el libro les haga sentirse más seguros como padres, menos preocupados por lo que quizás estén haciendo mal.

Con todo, a pesar de que la seguridad de los padres en relación con la forma de tratar a su hijo es tan significativa para el bienestar de éste y de aquéllos, hoy en día son demasiados los padres que están entregados al cuidado de sus hijos y que a veces tienen la sensación de que sus responsabilidades casi son demasiado pesadas. Hasta los problemas más normales e inevitables pueden adquirir proporciones amenazadoras cuando uno cree que el porvenir de su hijo depende en su totalidad de la forma en que uno afronta cierta situación. En vista de ello, es fácil comprender que los padres modernos, que ya no creen que el destino del hombre lo decide la voluntad de Dios o depende de la casualidad ciega, deseen recibir la mejor orientación posible sobre cómo han de llevar a cabo las tareas trascendentales que forman parte de la educación de sus hijos. Las principales preguntas

que deben hacerse son: ¿Qué es lo que constituye esta mejor orientación? ¿Consiste en que un experto les diga a los padres lo que deben y lo que no deben hacer? ¿O consiste en ayudar a los padres a tomar, por propia iniciativa, decisiones sensatas sobre lo que conviene hacer, decisiones de las que se sientan satisfechos?

Ningún libro tiene cabida para los millones de problemas que pueden surgir al criar a los hijos, ni las variaciones sin límite en que pueden manifestarse dichos problemas. Por su propio bien, y por el de su hijo, el padre o la madre debe resolver los problemas a medida que se presenten y a su propia manera; de lo contrario, la solución no será la que más le convenga a él y a su hijo, ni le hará sentirse satisfecho. En cuanto a la orientación, lo único que realmente puede hacerse es sugerir, por medio de la discusión y de algunos ejemplos, de qué modo los padres pueden pensar en sí mismos y en su hijo en una situación concreta.

Creo que la tarea más importante de los padres consiste en percatarse del significado que las cosas pueden tener para su hijo y, basándose en ello, hacer lo que más útil sea para todos; si obran así, también mejorarán las relaciones mutuas entre ellos y el hijo. La mejor forma de percatarse de ese significado es recordar lo que un problema paralelo representó para nosotros cuando éramos niños, así como el porqué de ello, y cómo nos hubiera gustado que nuestros padres lo resolvieran y se comportaran con nosotros y consigo mismos. De esta forma podemos utilizar creativamente los acontecimientos de nuestra propia vida, que adquieren un significado nuevo y más profundo al recordarlos y examinarlos a la luz de nuestra propia paternidad.

Educar a niños es una empresa creativa, un arte más que una ciencia. Intentaré presentar algunas sugerencias sobre cómo hay que pensar en este arte y cómo cabe aplicarlo. No puedo decirle al lector cómo debe experimentar este arte, ni cómo ha de apreciar lo que el mismo lleva aparejado, pues estas cuestiones son demasiado personales para que las decidan los demás, aunque las opiniones ajenas pueden intensificar nuestra capacidad de actuar de modo creativo, a nuestro propio aire. En lugar de ello, me permitirán que les sugiera cómo espero que el lector utilice el libro y para ello citaré a T. S. Eliot en *On poetry and poets*: «Hay muchas cosas, quizá, que han de saberse acerca de este o aquel problema, muchos hechos sobre los que pueden instruirme los estudiosos y que me ayudarán a evitar nuevos

malentendidos definidos; pero una interpretación válida, a mi juicio, debe ser al mismo tiempo una interpretación de mis propios sentimientos cuando la leo».

El lector que adopte la actitud del poeta, una actitud de conocimiento de uno mismo, verá que sus actos son mucho más interesantes y provechosos y que educar a un hijo es una experiencia más apasionante, mucho más feliz tanto para él como para el niño.